

José M.^a Fernández Nieto

Castilla
en los poetas palentinos
de Rocamador

Separata del n.º 44

PUBLICACION DE LA INSTITUCION "TELLO TELLEZ DE MENESES"
EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL

Palencia, 1980

AC-F 34



NT 124637
GAC.1348

A Fabrice Alejandro, por encima de
lejanías, distancias, plurales, tiempo
de olvido, la amistad actualizable y
antigua de un amigo nuevo

JMN

Palencia, 28-11-80

Castilla en los poetas palentinos de Rocamador

Por José M.^a Fernández Nieto

Excelentísimos e ilustrísimos señores, ilustres académicos y compañeros de la Institución "Tello Téllez de Meneses", señoras y señores:

Por designación de turno, me corresponde hoy el honor de inau-
rar el curso académico 1979-1980. Y lo voy a hacer con un tema que
me parece doblemente oportuno por su doble actualidad: Castilla
y los poetas palentinos que de alguna manera han hecho posible el
movimiento "Rocamador", un movimiento de Poesía y Crítica, una
manifestación del pensamiento frente a los problemas del hombre
durante los veinticinco últimos años. Porque —y esta es una de las
justificaciones de la actualidad del tema— durante el curso acadé-
mico que iniciamos se van a cumplir los veinticinco años de la ini-
ciación de "Rocamador", de la revista poética que iniciamos en los
albores del año cincuenta y cinco hasta alcanzar 45 números y de
la Colección de libros de Poesía que alcanzará a primeros de año
el número 100. Y es ahora cuando esta labor intelectual y poética,
proyectada ampliamente a todo el mundo de habla castellana, co-
mienza a adquirir perfiles de transcendencia literaria y a ser objeto
—como lo ha sido ya— de ensayos y de tesis doctorales a cargo de
prestigiosos escritores y catedráticos.

Y la otra cara de la justificación del tema es la preocupación
de los poetas palentinos de este cuarto de siglo por la compleja pro-
blemática de Castilla, porque Castilla, en el contexto de la descen-
tralización de las regiones españolas, está en estos momentos pre-
cisamente debatiéndose por encontrar los cauces de su autonomía.

Una autonomía que comienza por intentar despejar la incógnita de sus auténticas raíces, que no sabemos aún si nace del sentir histórico, de la voluntad espontánea del pueblo castellano o si arranca de una respuesta forzosa y conveniente frente a las demás autonomías, para evitar el peligro de quedar marginados del “banquete” nacional.

Porque hay que pensar que mientras los movimientos autonómicos del País Vasco, de Cataluña o de Galicia, son movimientos esencialmente centrípetos, que dirigen sus esfuerzos hacia una potenciación interior de todos sus valores autóctonos, Castilla, es por su misma esencia histórica una región cuya fuerza es centrífuga, proyectante, expansiva, que, quizá por el vehículo de su lengua universal, tiende a allanar fronteras y a abrirse en abanico.

Por eso, me parece importante abordar el tema de Castilla desde la perspectiva de nuestros pensadores, de nuestros escritores y, como una parte concreta e interesante de ellos, de nuestros poetas. Repasar las actitudes, posiblemente diversas pero que pueden ser complementarias, de los portavoces del pueblo. Porque así como los filósofos asientan sus criterios en lo intelectual, los poetas suelen ser impulsados por la intuición —que es cualidad del pueblo llano— y detectar los problemas desde una perspectiva más vivida que razonada, pero a la vez más enriquecida por la imaginación.

No vamos a recorrer necesariamente toda la nómina de poetas por el simple hecho de haber pertenecido al movimiento “Rocamador”. Faltarán muchos nombres, incluso de prestigio dentro de la poética palentina e incluso de la nacional, pero ello será debido a que, dentro de su producción, de sus poemas, de sus libros, no han tocado el tema de Castilla o lo han hecho de pasada. Por eso hablaremos únicamente de los que se han preocupado, con una mínima dedicación, al tema de Castilla. Únicamente advertir, de antemano, que en una panorámica de la poesía que, como la palentina, ha aportado una nómina de poetas verdaderamente insólita, tendremos que adaptar la profundidad y la extensión de nuestro ensayo a los forzosos límites que nos impone un discurso académico.

Y entrando ya en el tema, cabe preguntarse: ¿Qué piensan nuestros poetas de Castilla? ¿Cómo contemplan su historia, su paisaje,

su psicología, su pasado, su futuro...? ¿Desde qué distintos ángulos enfocan su objetivo poético?

Para tratar de descifrar estos interrogantes conviene primero hacer una referencia, aunque sea simbólicamente representada, a los poetas inmediatamente anteriores a los de nuestro grupo "Rocamador". Saber, por ejemplo qué pensaron, qué escribieron sobre el mismo tema, poetas tan señalados como Marciano Zurita o como Francisco Vighi, dos de los poetas más estelares de principios de siglo. Bástanos con ellos para buscar una piedra de contraste con los herederos de su poesía palentina.

A Marciano Zurita, es evidente, le preocupaba Castilla. A través, sobre todo, de la corona de sonetos que fue dedicando en el periódico ABC a cada una de las provincias españolas, se pueden entresacar referencias que hacen alusión al tema. Pero, personalmente, quisiera centrarme en uno que titula PAIS CASTELLANO, publicado en la revista NUBIS, antecedente de ROCAMADOR, en diciembre de 1946. En dicha composición, eminentemente descriptiva, el poeta no acomete, en profundidad, el problema. Solamente, al final hay como un eco de la "Castilla en escombros" de Julio Gómez Senador pero interpretando la decadencia de Castilla como un holocausto puramente sentimental. Por la belleza expresiva de dicho soneto no nos resistimos a la tentación de ofrecerle íntegramente:

Tarde agosteña. Bajo la pesadumbre del bochorno
los seres y las cosas adurmiéndose van...
En esta tarde ígnea como un inmenso horno
donde se tuesta el campo como un inmenso pan.

Todo está ardiendo. Todo tiene un color rojizo
de trébede, de hoguera, de ara y de crisol.
El pecho de Castilla, descarnado y calizo,
para apagar la sed bebe rayos de sol.

¡Piedras de los castillos, adobes de las casas,
mármoles de los templos, cera de los trigales,
oro de la leyenda y de la tradición,

sacrosantos escombros convertidos en brasas
para los incensarios que en nuestras Catedrales
ofrendan el incienso de nuestro corazón!

Al leer estos versos uno siente la sensación de amodorramiento, de siesta, de pereza. No sé si en la intención del poeta —parece que no— hay una alusión simbólica a la siesta, a la pereza, al amodorramiento histórico de Castilla. Pero la grandeza de la poesía reside, muchas veces, más que en lo que dice, en lo que sugiere. Y la sugerencia que, al menos en mi caso, produce esta pintura real de una Castilla dormida, es la de una imagen física de su total decadencia, de su abandono, de su marginación histórica. Y como para justificar esta imagen de ruina y de abandono, Zurita, califica de "sacrosantos" estos escombros, sublimando así lo negativo en una especie de sacrificio escatológico ofrecido a no se qué dioses.

La actitud de Zurita pues, frente a Castilla, está teñida de un pesimismo que quiere paliar por la vía de una sacralización confusa, como si la pérdida de la grandeza de Castilla se pudiera contemplar como un holocausto a la Historia.

Otro de nuestros poetas mayores de principios de siglo, Francisco Vighi, tampoco aporta una visión en profundidad del tema castellano. Su poema más conocido "Romance a la vida y muerte del río Carrión" no es más que un juego, muy ingenioso por cierto, para humanizar un paisaje castellano concreto, el de un río palentino, haciendo una biografía viva de lo inerte, de lo puramente paisajístico. El río es un ser que nace y que muere en una provincia castellana. Y el ángulo de enfoque no aborda problema castellano alguno, porque es muy parcial. Su carácter humorístico sirve más al efecto que a la intención. Y su visión de Castilla, a través de este romance es puramente localista y dotado, por supuesto, de una encantadora simplicidad.

Una vez más nos complacemos en recordar este famoso romance de Vighi que dice así:

Enorme cuna este valle
para mecer este río
tan llorón y tan pequeño;
llanto de recién nacido,
cobertor de lana suave
la nieve del valle frío.

En Guardo el carbón minero
tizó la cara del niño,

cuando pasó por Saldaña
otra vez estaba limpio.

En Carrión le bautizaron
—era hasta entonces morito—,
la ciudad le dio su nombre
todo eufonía y prestigio.

De cantar tanto en Villoldo
ronco se quedó en Husillos;
cuando atravesó Palencia
era ya mozo garrido.

Dieciocho puentes le peinan,
anda lento y presumido,
por verle villas y aldeas
se ponen en su camino.

La torre de San Miguel
quiere ser novia del río
y asomándose a mirarle
tiembla de amor y de frío.

Es burgués en los remansos,
laborioso en los molinos,
ladrón de frutas caídas
en las huertas del Obispo.

Sueña un largo viaje —el mar—
traiciona sueño y destino;
de Villamuriel el mosto
le hace perder el sentido,
lleva ya una vida turbia
y un derrotero torcido.

Por no ir a Valladolid
—cosas del nacionalismo—
se suicida junto a Dueñas
arrojándose en el río
Pisuerga, labrador manso,
competidor y enemigo.

Nace y muere en la provincia.
No hay otro más palentino.
Recen por él un responso
los frailes de San Isidro.

EUSTERIO BUEY ALARIO

Es interesante, aunque sea un poco de pasada, hablar de un poeta que nos sirva de enlace, de transición entre un Marciano Zurita y un Francisco Vighi y los poetas que nacen propiamente en ROCAMADOR. Nos queremos referir a Eusterio Buey Alario, que en sus últimos años colabora también en la revista y precisamente con un poema que es suficiente para rastrear su visión de Castilla. Buey Alario, adelantado de una generación interesantísima de poetas palentinos —su hermano Pedro, su hijo Julio, sus sobrinos Andrés y Pedro—, tiene escritos numerosos poemas en los que Castilla está casi siempre presente. En todos ellos el tema castellano está como asumido en su propio intimismo. Castilla está latente en su lirismo vital; o dicho de otro modo: No se puede concebir su poesía sin el condicionamiento que le impone vivir en el ambiente concreto en el que vive. Para Eusterio Buey Alario Castilla es un camino hacia lo trascendente, hacia la eternidad. Para el poeta de Magaz el camino no se va haciendo al andar, como en la concepción machadiana. El camino ya está hecho. Y está hecho de elementos típicamente castellanos: páramos, juncos, trigo, pedruscos, fuentes, carros labradores. Y es un camino que, a pesar de ser llano, le cuesta andar

“Y ahora, Señor, ¡cómo me cuesta
seguir la caminada!”

El páramo le sirve para sembrar sus versos, el carro labrador para servirle de atalaya. Y como en Catsilla apenas hay flores que “ponen pinceladas de color en la vega”, apenas hay atractivos para distraer la mirada, su mirada se introvierte y se hace trascendente, acabamiento manriqueño y al final esperanza:

¡Es la duda; la duda que pregunta
mientras voy descendiendo por la rampa!
Cuando me siente al borde del camino
la vida que se acaba
¿verá una meta blanca de luceros
o el rojo de un incendio de las almas?
Señor: guía mis pasos...
Abajo está la fuente, y está el agua...
¡Me lo dicen riendo las estrellas
y el coro de los ángeles que cantan!

ROQUE NIETO PEÑA

Roque Nieto Peña nos ofrece un interés especial del que carecen todos los demás poetas palentinos. Exilado de su patria por motivos políticos, inquieto viajero que en su libro "Sonetos de ambos mundos" nos ofrecerá su impresionario poético por diversos países y cuyo libro se publicaría más tarde en el núm. 20 de la Col. "ROCAMADOR", Roque Nieto Peña contempla a Castilla desde lejos, sublimada por el recuerdo. Hay en su poesía como un contraste entre la añoranza y el retorno. Porque desde la lejanía es Castilla

... "sembradora de naciones
que dádoles el verbo
en ellas se hizo carne...

pero en su intimismo, en su vivencia, Castilla y más concretamente la Castilla de su infancia, se siente

"como un pájaro herido
en dulce y melancólica agonía"

Le araña la soledad, la nostalgia, el dolor de sentirse desarraigado de su tierra, el ansia de volver:

"...Mi cuna azul, mi infancia en grises suaves;
mi juventud inquieta.
Un infinito anhelo de volver a sentarme
en esa vieja piedra debajo de una encina,
de sentir deslizarse el cadencioso río
cual si fluyese manso por mis venas.
Quisiera que mis versos levantaran las alas
hasta el solar bendito
que en mi dolor ansío después de tantos años
y se trocara el mapa en una tierra viva
Porque no es de papel,
jéste mapa es un grito de mi sangre!"

Para Roque Nieto Peña, pues, Castilla es añoranza, nostalgia, sublimación en el recuerdo y el poeta, como Góngora sobre sus montes, en este caso en su llanura, exclama:

"¡Y aquí estoy, en mis Castilla,
pastor de mis soledades!"

CARLOS URUEÑA GONZALEZ

Y entramos ya en los poetas palentinos que han hecho posible el movimiento ROCAMADOR. Nos encontramos con algunos que, hondamente preocupados por el tema castellano en su diario quehacer periodístico, no trataron de él en su poesía. Tal es el caso de Valentín Bleye que en su último libro editado "Carta a Jean Paul Sartre" (Col. ROCAMADOR, núm. 43, 1964) se enfrenta con una problemática existencial y en definitiva, filosófica en la que Castilla está ausente incluso como elemento condicionante.

Lo mismo ocurre con un poeta palentino prácticamente desconocido —Isaac Oliva— natural de Villaprovedo, de oficio capador, personalísimo en su estilo autodidacta y cuyo libro "Corriente y moliente" (Col. ROCAMADOR, núm. 30, 1963) solamente ofrece pincladas aisladas carentes de una significación castellanista.

Otro tanto ocurre con Jesús López Santamaría en su libro "Los últimos pecados" (Col. ROCAMADOR, núm. 67, 1968) que a lo sumo desprende un olor campesino y rural en muchas de sus expresiones pero que es insuficiente para determinar una actitud de pensamiento ante el tema que nos ocupa.

Carmelo García del Valle, Fernando Zamora, Ruy Planter, Laurentino Herrán, Juan Martínez Pastor, son otros tantos poetas palentinos que no llegaron a publicar un libro en la Colección y que en los poemas suyos aparecidos en la Revista no contienen los elementos mínimos para formarse un juicio de su actitud castellanista.

El orden en que vamos a encuadrar a los poetas palentinos que se han ocupado suficientemente del tema va a ser aproximadamente cronológico. Y es indudable que, de los vivientes, ostente el decanato de todos los poetas rocamadoreños, siendo además uno de los colaboradores más constantes y más impulsores de nuestro movimiento poético, Carlos Urueña. Aunque nacido en Villagarcía de Campos, en la provincia de Valladolid, Urueña es por derecho poético plenamente palentino, puesto que desde los tiempos de NUBIS, allá, por los años 45, ha sido un incansable alentador de la poesía palentina.

Castilla está tan presente en la poesía de Carlos Urueña, que, aparte de sus numerosos poemas, premiados en toda la geografía española y que en muchos casos están dedicados a figuras, monumentos, pueblos, ciudades y paisajes castellanos, constituye una

obsesión en la temática del poeta. Ya en su libro "Presencia del recuerdo" (Col. ROCAMADOR, núm. 22, 1963) que dedica a la Castilla concreta de su lugar de nacimiento, Villagarcía de Campos, Carlos Urueña, a través del recuerdo de sus años adolescentes, se siente tierra de su tierra. El mismo lo dice en su poema "Ardaliz"

"Carne mía, tierra, que creció en la tuya
a sed de veranos y a golpes de inviernos..."

Carlos Urueña es un poeta transplantado de una Castilla recordada —la de Villagarcía— a una Castilla vivida —la de Palencia— y quizá de esa conjunción entre recuerdo y presencia, le nace al poeta —inconscientemente— el título de su libro: "Presencia del recuerdo". Para Urueña, Castilla es ante todo un paisaje sin paisajes, un paisaje total, una síntesis que se hace en el recuerdo un puro esquema de tierra y cielo. Por eso, en un solo verso, con el que finaliza el poema, resume el por qué y el para qué de Castilla:

"Tierra de Castilla abrazada al cielo"

Pero es en su libro más reciente "Memoria del tiempo", publicado en marzo de 1978, donde Castilla llena hasta los intersticios de su inspiración. Como en el "zum" de una cámara fotográfica que desde una panorámica amplia nos acerca al detalle íntimo que nos interesa, Carlos Urueña extiende su objetivo abarcando la Castilla de los Torozos, de los páramos, de la montaña, de la sementera, incluso de la mina, que también es Castilla, para acercarnos al tiempo íntimo de sus propios sueños, de su hogar, de sus hijos, para personalizar a Castilla en sus propias vivencias familiares. Y finalmente emplaza su cámara poética frente al cielo, contemplando la transcendencia de la inmensidad, la proyección sobrenatural que para el poeta es la esencia misma de Castilla, de esa "tierra de Castilla abrazada al cielo".

Por eso su voz se hace grito en ese poema fundamental que titula "Parto de gritos en Castilla" y que es un clamor poético de lamentos ante el abandono existencial de su tierra:

"Ponte en pie sobre el trigo que en julio cabecea
y aunque seas un plazo de patria en el olvido
parte tu pan y reza..."

porque el poeta siente que al final está siempre Dios, esperando detrás de la muerte y así lo afirma:

“Tus caminos conducen al final de mi sueño
a la muerte que un día llegará como un eco
de Dios...”

Carlos Urueña siente que la verdad de Castilla está al fondo de su propio paisaje:

“...y a pleno sol hallarte en tu verdad desnuda
de cielo y de paisaje”.

y su grito es un dardo que se dirige desde la tierra misma al amor, como confirma en estos versos:

“Sumergido en tus lágrimas de monte y de llanura
grito desde esta tierra, que sigas acribando,
separando mejor la cizaña del trigo
y un aldabón de espigas anuncien que Castilla
es un alumbramiento de amor enardecido”.

Pero ese grito se calma, se amansa cuando el poeta ilumina su tierra y la hace posesión íntima de paz:

“Por eso yo contemplo desde tus mieses de oro
tu paz edificada como una maravilla,
tus valles y llanuras teniendo por trascoro
el altar de los montes donde el sol se arrodilla”

hasta encontrar esa paz en su propio hogar:

“...y la paz del hogar, acariciada
por la alondra naciente de los hijos”.

Pocos poetas palentinos con una vocación más acusada de castellanismo que la de Carlos Urueña. Porque no es posible imaginar su poesía sin Castilla. Castilla lo es todo para Urueña: paisaje, metáfora, sentimiento, simbolismo, inspiración, hondura, inquietud, amor, intimidad. Y siempre, como una esencia que lo llena todo, Dios. Porque Dios está llenando constantemente su poesía. Es como

una meta, como una apoyatura y como una música de fondo de toda ella. Y Dios es sobre todo el camino de llegada de su andadura poética por Castilla. Un Dios omnipresente y un Dios personal. Y a este respecto es significativo anotar que los últimos versos de su libro "Memoria del tiempo" son como una conjunción de esta tierra y este cielo que quince años atrás ya planteara en su primer libro. El poeta medita ante la Navidad en Castilla y acaba con esta estrofa:

"Junto a Belén, Castilla se despierta,
su tierra es un redoble de esperanza,
anchura del Amor, llanura abierta
como senda hasta el cielo que se alcanza"

ANTONIO ALAMO SALAZAR

Y vamos con otro vallisoletano de nacimiento pero lo mismo que Carlos Urueña plenamente palentino en la vida y en la poesía. También Antonio Alamo Salazar es un poeta de ROCAMADOR de la primera hora. Y en ROCAMADOR tiene un libro de poemas, el núm. 14, titulado "Noche de Dios, alba del hombre" en el que el tema de Castilla no es afrontado más que de una manera marginal, ya que su contenido es directamente religioso. Ya esto nos dice algo sobre la actitud de Antonio Alamo frente al tema de Castilla. Tema que ha tratado constantemente no solo en su faceta poética sino como tema obligado de su vocación periodística. No creo que quede ninguna parcela de la provincia que no haya sido objeto de su punto de mira, unas veces histórico, otras artístico, otras humanístico. Pero al hacer el tema objetivo de inspiración poética, siempre ha visto a Castilla a través del prisma de su fe, de su religiosidad. No es la tendencia de Carlos Urueña de dar un sentido divino a la tierra y al paisaje. Alamo contempla la vertical del chopo —como Carlos— pero al mismo tiempo contempla la horizontal de la llanura. La tierra se eleva en vertical hacia el cielo y a la vez el cielo descende en vertical hacia la tierra. Y como complemento de esta visión verticalista observa la horizontalidad de la llanura. O dicho de otra manera: Para Alamo Salazar Castilla es una cruz. El mismo lo dice en su poema "Canto de Esperanza a Castilla":

“Castilla es una cruz que se recorta
frente a un retablo azul...”

y todo el poema es una glosa de estas dos coordenadas que nacen de la simbología del paisaje:

“Castilla es vertical...”
“Castilla es un eterno santiguarse
con agua y sol...”
“...porque Castilla es recta como el surco
llana y directa como su meseta
y se levanta erguida en catedrales...”

El poema es una especie de recolección de elementos metafóricos para reforzar su idea vertical y horizontal al mismo tiempo. Y así, la llanura, el surco, el horizonte, los ríos, las barbecheras, el galgo “orteguiano” se entrecruzan en su verso con el chopo, la catedral, el sol del mediodía, la espiga de trigo, el cerro que asciende.

Pero para Antonio Alamo, en esta cruz de Castilla no hay solo contradicciones, dolor o amargura, sino esperanza de resurgimiento, de resurrección, porque:

“Castilla es cruz, pero hay cruces de Mayo
que, mirando hacia el sol, sueñan y esperan
a que el azul se bañe en los azules.
Castilla es cruz de Mayo y está en vela
sencilla y expectante..., cuando el cielo
vuelva a estrenar sus claridades nuevas,
descubrirán los campos esas luces
con efusión de verdes impacencias...”

FELIX BUISAN CITORES

Como Alamo, como Urueña, Félix Buisán Cítores es de los precursores, de los poetas que ya, desde el primer impulso de NUBIS alentaron los primeros pasos de ROCAMADOR. En dicha colección, en su núm. 10 tiene editado un libro: “Mensaje al hombre”. Periodista, como Antonio Alamo, Buisán Cítores ha rastreado en prosa

y en poesía los rincones de la provincia palentina. El libro, a que hemos hecho alusión, no es un libro dedicado a Castilla. Es un "mensaje al hombre" como reza su título. Pero no al hombre castellano, precisamente, sino a todos los hombres. Porque el "leiv motiv", la música de fondo de toda la poesía de Buisán está teñida de un deseo universal de unir a todos los hombres del planeta, de hermanar países, de borrar fronteras. Su espíritu poético y humano es esencialmente expansivo, abierto, centrífugo. Y solamente esta constante temática del poeta, este deseo de abrirse en abanico a todos, es un vivo contraste, es una tarjeta de identificación de su castellanidad. Porque Castilla —ya lo decíamos en nuestro preámbulo— por esencia es expansiva, centrífuga, proyectante. No tiene montañas ni abismos que cierren su salida. Y el mar, lejos de ser un obstáculo, fue siempre una plataforma para extenderse más, no en un afán de conquistas imperiales sino en una necesidad de abrazarse con todos. La razón de ser de toda la poética de este poeta palentino es allanar fronteras, abrazarse al mundo. Es como una sed de horizontalidad hacia un infinito de cordialidad. Por eso Castilla, para Buisán, es una madre que pare y que abraza. En su poema "Campos de paz" deja bien definida esta constante, que de una manera u otra late en sus poemas:

"Mira estos campos de trigos y de vides
como una madre a punto para el parto..."
"...Campos de plenitud y de esperanza
abiertos en bandera flameante
sobre el mástil inmenso de Castilla"

y en otras estrofas alude al abrazo de los frutos típicos de Castilla con los frutos de otras regiones:

"...ir por los anchos arrozales húmedos
por los campos del lúpulo y la caña,
del naranjal, del algodón, del té".

y en el poema "Hogar y mandamiento" vemos como desde el trampolín de su intimidad, desde el amor de su "casa pequeña" que el poeta "ha llenado de sueños", se dispara hacia la fraternidad universal, en una castellanidad sencial:

“Cederles la consigna que nos llenó la sangre de amar a los hermanos que viven en la Tierra, sin excepción alguna, sin tareas hospicianas, sin credos, ni fronteras, ni razas, ni colores”.

“Abrir los brazos, ser en amar los primeros”

“Poner el corazón donde palpiten otros”

“Cantar juntos el himno total de la existencia”

y como si quisiera buscar las raíces originarias de este deseo de abrirse a todos, exclama:

“Este es el mandamiento que en la ley del hogar me dio mi padre un día y dejo yo en herencia”

Porque esas raíces, transmitidas de generación en generación, están alimentadas por esta sed universalista de Castilla, injertada en la intimidad de sus hogares.

Castilla, en Buisán, es lo que ha sido esencial en la historia, en la psicología, en la religiosidad misionera de nuestras tierras: Un deseo de proyectarse, de darse, de abrazarse. Un aliento de maternidad y de confraternización.

JESUS CASTAÑON

Es difícil conjuntar y menos aún sintetizar la visión que Jesús Castañón tiene de Castilla. Su obra es tan plural, tan varia, que objetivos tan distintos como el mar, la mina o la llanura castellana, son enfocados con atenta mirada a través de sus versos. Pero la visión que de Castilla nos da Jesús Castañón es especialmente interesante. Porque Castañón es palentino de adopción, pero antes es asturiano de nacimiento y de pasión adolescente.

Es fácil partir de una constante que se repite en distintos poemas. Castañón ve a Castilla bajo el prisma del silencio, pero de un silencio escatológico, más allá de lo físico:

“Castilla: un huracán en las compuertas
y en los hondos barrancos el silencio”

dice al encaramarse por la montaña castellana de los pantanos.

“Y yo vendré con ellos a Castilla
donde el silencio quema en la garganta”

y a continuación, iniciando el siguiente poema reitera la misma idea:

“Cuando digo Castilla es porque entiendo
que aquí crece el silencio al rojo vivo...”

y como para ratificar, para resumir su visión reptida, se atreve, incluso a definir:

“Lo importante es hallarte, aunque el silencio
tiene quizás tu clave más completa”.

Es claro, pues, que Castilla es vista por Jesús Castañón a través de ese silencio. Un silencio que crece, que protagoniza, que “quema en la garganta” y que “crece al rojo vivo”.

Pero yo entiendo que este silencio de Castilla es, ante todo, un silencio para la meditación, un silencio para que crezcan la fe de sus gentes, en definitiva, un silencio que tiene —valga la paradoja— sonoridades religiosas, que “quema”, que “crece al rojo vivo” porque es vehículo hacia Dios. Por eso Dios, en Castilla es

“un Dios hecho de sed y de silencio”

Para Castañón, el castellano es un ser naturalmente predis puesto hacia Dios. Por eso le adorarán

“los hombres cuyos ojos
taladran las paredes cuando hablan,
hombres de tierra seca, cuyas manos
apenas si se mueven, como estatuas
que hablan con voz serena y dejan honda
la semilla en el surco enraizada.

Y termina el poema:

“Y pastores que tienen, como tú,
de plomo y de silencio la mirada”

No se plantea Castañón problemas superficiales cuando habla de Castilla. Describe, en tenues pinceladas, alcores, páramos, chopos, monumentos, etc..., pero todo ello como un telón de fondo para analizar poéticamente la esencialidad de Castilla, la predestinación para lo trascendente y para lo eterno. El paisaje en Galicia o en Asturias distrae, centrifuga el alma, proyecta hacia fuera la inquietud. El paisaje de Castilla es tan enorme y a la vez tan simple que el alma de sus gentes tiende a asumirlo en el propio silencio para buscar en su interior a Dios. Porque para Castañón "el silencio tiene quizás su clave más completa".

JUAN JOSE CUADROS

El enriquecimiento de un tema nace, sobre todo, del pluralismo con que es tratado, de la variedad de los ángulos de visión. Y aquí tenemos a un poeta, a Juan José Cuadros, que siendo palentino de nacimiento y de vocación, ha vivido sus años más jóvenes en la Andalucía de Baeza y sus contornos y posteriormente en la capital de España. Por eso nos interesa mucho analizar la visión que tiene de Castilla un poeta que la ha sentido profundamente pero que la ha vivido desde fuera.

Juan José Cuadros, desde su incorporación a **ROCAMADOR**, ha sido uno de sus más entusiastas impulsores y desde la sección "Cartas de don Martín de Frómista" prestó a la revista aparte de una interesante información poética y literaria del Madrid de los años 60, un olor de castellanismo añejo —a través de un lenguaje medievalista— que dio carácter y personalidad a la revista.

Juan José no ve a Castilla a través de la fe, como Antonio Alamo, del silencio, como Jesús Castañón, de la añoranza como Roque Nieto, de la universalidad como Buisán Cítores o del paisaje como Carlos Urueña. Su objetivo es distinto. Su punto de mira más intelectual. Juan José Cuadros es un erudito, un admirador de los grandes hombres castellanos. Por eso, su visión de Castilla, pasa por la retina del Arcipreste de Hita, de Jorge Manrique, de Francisco de Quevedo, de Berruguete o del Marqués de Santillana. Su mirada poética aparca en Silos, en Sigüenza, en Covarrubias o en Villalcazar de Sirga y penetra en la esencia de Castilla a través de una estatua yacente, de un escudo real o de un claustro. Pero no es la mi-

rada de un arqueólogo o de un historiador sino de un poeta actual, de un hombre inquieto de nuestra época que sabe simbolizar un gesto de hace cinco siglos para denunciar una injusticia actual, que interpreta una anécdota histórica y muchas veces irrelevante para iluminar una constante histórica, que ve, en fin, la historia como un proceso dinámico y no como un objeto de museos.

Y todo ello lo trata con una extraña mezcla de austeridad castellana y de gracia andaluza que dan a su estilo una personalidad y un sabor poético inconfundible.

Podríamos rastrear en los poemas que publicó en ROCAMADOR esa pasión que Juan José Cuadros siente por los temas castellanos, pero son como pinceladas insuficientes para analizar toda la hondura de su poesía.

Donde el poeta palentino-andaluz adquiere peso y hondura de castellanidad es en algunos de sus libros, especialmente en "Recado de buen amor" (Editora Nacional, 1968). Para Cuadros, Castilla es un equilibrio entre lo que se va y lo que se queda, entre lo vivo y lo muerto. A veces, como en el poema "Oficio de difuntos" inspirado en el sepulcro del Buen Caballero de Cisneros de Campos, entona una elegía de acentos manriqueños:

"Cómo pesa la muerte, compañero"
 "A Cisneros de Campos,
 tiempo de polvo, polvo de hace tiempo
 he venido a mirar lo que nos queda,
 lo poco que nos queda, compañero"

Castilla para Juan José Cuadros es un adiós sin remedio, una despedida sin mañana, un lamento desesperanzado,

"Un arrabal de escombros: esta es Castilla"

y más adelante, insistiendo en su definición amarga:

"Esta es Castilla; quedan de señales
 los nombres rotos de los rotos pueblos"

para terminar el poema exclamando

"Esta es Castilla: un muerto en descampado
 Que Cristo nos ampare, compañero"

Tenemos que limitarnos a esta concepción castellana de Cuadros pero Castilla está tan frecuentemente en sus versos, aunque no convoque su nombre, que requeriría estudiar la complejidad de su obra para desentrañar las distintas dimensiones que adquiere a veces su significado, esa característica del poeta que reside en saber decir tres cosas a la vez con un solo verso, esa sabiduría de denunciar el presente en un hecho histórico pasado con la aparente superficialidad del que requiebra a una moza. Por poner, siquiera, un ejemplo, de este triple simbolismo en el que nos habla a la vez de un pasado, del fariseísmo del hombre y de su futuro trascendente. Se trata de su poema "Corral de comedias" ante el Corral de Almagro:

"Continúe la farsa
Repique en el tablado
el tacón
de la gallarda..."

"Continúen las máscaras"
No importa; alguna vez,
Dios sabe dónde,
nos veremos las caras destapadas"

Nótese la significación tridimensional —histórica, social y religiosa— de este poema que Juan José Cuadros aplica, como técnica poética en su temática castellana.

GABINO ALEJANDRO CARRIEDO

Pero quizá uno de los poetas que más frontalmente enfocan el tema de Castilla, desde una especie de cosmovisión integral es Gabino Alejandro Carriedo, otro de los poetas fundamentales que impulsó el nacimiento de NUBIS y que alentó ya desde fuera, el movimiento poético de ROCAMADOR.

Ya resulta altamente significativo el título de su primer libro editado en 1946: "Poema de la condenación de Castilla". El sombrío lamento que constituye el libro hace pensar en influencias directas del ya citado libro "Castilla en escombros" de Julio Gómez Senador, el notario de Frómista.

Para Carriedo la decadencia de Castilla es un castigo del Cosmos, una especie de maldición divina:

“¿Qué gargajo del Cosmos, qué gruñido
execró nuestra estirpe, nuestro emblema?”

y más adelante, emparejando su destino personal al de Castilla, escribe:

“porque yo te he ideado con el alma
—¡mi alma y tú, mi Castilla!— encadenada,
opresa como tú, como tú herida
por el rayo de Dios que nos execra,
que nos escupe, que nos niega acaso
el agua para el vaso interminable
con que hizo nuestras almas...”

Es la Castilla marginada por Europa y por el mundo, despreciada y abandonada por el progreso. Y como el mismo poeta dice:

“Castilla en cueros, prodigada en vano
por todos los rincones del planeta.
Siempre sed de extensión, y el hambre torva
gimiendo a flor de labio en calentura,
pidiendo más espacio, más distancia...
...Pero fuimos excluidos del banquete”.

El amplio poema de Gabino A. Carriedo es una desesperada elegía sin posible esperanza, un desgarrado grito existencial esmaltado oscuramente por una constante adjetivación de tonalidades lúgubres: “Fantasma irredento”, “Ilanura estéril, carcomida”, “Castilla insepultada”, “Castilla hiponcondríaca”, “Castilla desterrada”, “pardo cadáver”, “nutrido cementerio”, “Castilla excomulgada”.

El poema de Gabino Alejandro es la más honda y despiadada lamentación poética que conocemos. Porque, por si fuera poco, la actitud del poeta ante este panorama desolador es la evasión:

“...que ya presiento
el vigoroso anhelo de evadirme...”

“...y me iré... ¡no sé donde! adonde el alba
no proyecte la injuria de sus rayos
de luz...”

Esta es la Castilla terrible que ve el poeta como una prolongación de sí mismo, como carne dolorosa de su propia carne. Por eso termina diciendo:

“Para siempre tú y yo, Castilla virgen,
Castilla abandonada en la meseta,
suprimidos los dos del gran festín
de los gratos a Dios, de los sin mancha...”

Una visión profundamente subjetiva, dolorosamente personal, pero no exenta de justificaciones históricas y de razones objetivas que siguen —en algunos aspectos— vigentes y amenazantes en estos momentos de identidades autonómicas.

MANUEL CARRION GUTIEZ

Manuel Carrión Gútiéz, ha sido para ROCAMADOR el cerebro poético que elevó en su segunda etapa la categoría de la revista y que la dio un prestigio intelectual de altos vuelos. Su amplia y profunda formación literaria se puso al servicio de sus páginas y así conseguimos alzarnos al más alto nivel de las revistas poéticas de los años cincuenta y sesenta. Como creador aportó también sus personales poemas en nueve números, pero ninguno de ellos tienen una significación temática que pueda referirse claramente a Castilla. Sin embargo tiene en su haber un amplio poema titulado “Vida y muerte en Tierra de Campos” (Col. “Pallantia” núm. 2, página 233 de las Publicaciones de nuestra Institución) que, aunque subtítulo “Meditación manriqueña sobre el “mirador” de Autilla” está constantemente empapada de castellanismo. En dicho poema hay como un clima de “calma” que envuelve todo el largo poema:

“Villamartín, Paredes, Becerril y La Nava
¡Qué bandera de nombres por la llanura brota!
Villaumbrales y Fuentes, La Torre... ¿Dónde acaba?
Todo en su sitio, nada se enturbia ni alborota”

Castilla, para Carrión, es una siesta, una aparente calma, un "tan callando" manriqueño, un "callado mar remoto" como afirma el propio poeta. Pero a pesar de esta sensación de "amodorramiento" que diría Zurita sus hombres...

"...entre tanto, pujan, remueven, dan señales de vida con su furia, abren los entresijos de la tierra y la madre, se tienden paternales y amasan en sudores los panes y los hijos".

Pero también Castilla es gesto inmutable y desnudez eterna. Lo dice expresamente el poeta:

"Tierra mía, palabra que no muda,
rincón de ternidades que no podrán quitarme
hueso a hueso otro día cantaré la desnuda
dimensión de la dicha que nadie supo darme".

Castilla es calma, silencio, soledad, desnudez, pero que guarda en su aparente sueño "esta pura brasa", "la lumbre que me toca", "el polvo hecho sonido". Lo expresa así el poeta:

"Quiero que todo calle, que suba sólo el canto
de haber llevado, vivo, la lumbre que me toca
y que en el polvo lata, hecho sonido, cuanto
la voz de tu silencio me puso por la boca.

Lo demás ¿quién lo dice? No puede la alegría
tener casa pequeña bajo tan alto aliento...
Crece la paz. Mañana ya no será otro día;
será sólo la luz alzándome en el viento".

La Castilla de Carrión es una Castilla de tintes manriqueños, en la que el silencio es un inventario de adioses, un contraste inmenso entre la vida y la muerte, entre el nacer y el morir de los hombres y las cosas.

En su "Elegía a un amigo muerto en la primavera palentina" escrito a la memoria de Rafael Cuenca, Castilla vuelve a estar presente y se repiten los mismos motivos:

“Tú, aterido de sombras, desojado
muerto mío: y aquí la primavera
pujando la cebada en el sembrado
y el trigo ya soñando con la cera.

Y el techo de la luz, su arboladura
caliente de campanas y de aromas,
acunándolo todo, con anchura
para cubrir de eternidad las lomas”.

La contemplación de Castilla de Manuel Carrión nace de su intimidad más poética y hay como una correspondencia de eternidad, de paz, de luz, de calma, de sueño, como una osmosis entre la Castilla que ve y la que vive por dentro. Los ríos son como nosotros y nosotros como los ríos. El simbolismo manriqueño hecho materia reversible.

“Por ello te convido, Manrique, a que levantes
la copa de la vida, cuando la luz nos baña.
Ríos iremos todos hacia la mar, pero antes
gastaremos el agua para la sed de España...”.

CASILDA ORDOÑEZ

Casilda Ordóñez no ha pertenecido al movimiento ROCAMADOR. Su ausencia de Palencia durante todos aquellos años lo justifican, pero yo pienso que si hubiese vivido en Palencia por aquel entonces, se hubiese anticipado su vocación poética tardía y en vez de haber cantado “En medio del camino”, como reza el título de su primer libro, editado en 1972, hubiera empezado a cantar con nosotros al iniciarle. Por eso quiero traerla aquí, como invitada de honor, porque tiene un poema que titula “Tentación” y que nos basta y nos sobra para encuadrarla entre los poetas palentinos, junto a los de ROCAMADOR, frente al tema de Castilla.

Para Casilda, Castilla es la madre, la “verdad desnuda de tu luz sin celajes” como ella misma dice. Pero ha vivido otras tierras, y se ha sentido “sobornada” por ellas:

“Quisieron sobornarme latitudes sureñas”,
“me punzaron el alma las chumberas carnosas,

me subió hasta los tuétanos el olor del jazmín,
 me crecieron por dentro albahacas y adelfas,
 me tentaron palmeras ondulantes y esbeltas
 y sentí
 cual llamada de homérica sirena
 el vértigo del mar...”.

Sin embargo resiste a la tentación de este “soborno” sensorial. ¿Cuál es la razón de ese atractivo irresistible y definitivo que la hace ser fiel “al beso de tu arcilla, a tus páramos célibes...”? Porque ella reconoce la pobreza de nuestra tierra:

“¡Ay, desnuda Castilla, mísera tierra mía!”.

y sin embargo la ama apasionadamente. ¿Es simplemente por la sinrazón de la sangre, o porque está “amasada con polvo de mis muertos”? Yo creo que existe en Casilda, poeta, un geotropismo existencial, pero existe una valoración razonada, comparativa, que hace su fidelidad más fehaciente y más objetiva. Esas tierras sureñas tienen para ella mayor encanto, mayor colorido, pero también más fugacidad y sobre todo mayor frivalidad. Es la atracción pasajera de lo perecedero frente a la honda necesidad de lo permanente, de lo eterno que reside en lo verdadero y lo desnudo. Y por eso contrasta y compara:

“¡Qué los colores frívolos,
 los lujos vegetales,
 frente a tus tierras sacras,
 tierras de eucaristía transcendentales y oscuras,
 que saben poca cosa de plantas o de flores...”.

Casilda se siente atraída telúricamente por su propio origen, convocada por la desnudez de sus propias raíces. Y por eso concluye su poema reafirmando la razón de su fidelidad:

“Castilla, tierra mía,
 mi matríz
 y mi tumba,
 mi campana
 y mi espina
 ¡vuelvo por siempre a tí!”.

ANDRES QUINTANILLA BUEY

Andrés Quintanilla Buey no es un poeta que se haya enfrentado al tema de Castilla desde una meditación intelectual. No la ve a través de la historia, o de la muerte, o del silencio, o del paisaje en una especie de elucubración poética. Andrés Quintanilla ha pisado Castilla pueblo por pueblo, la ha vivido directamente, ha convivido con sus gentes, ha palpado el alma de los campesinos con su intuición poética. Por eso ve a Castilla a través de sus hombres y de sus mujeres, entrándose en su vida, en sus preocupaciones, en sus alegrías y en sus tristezas. Quintanilla se sienta al amor de cada trébede, pasea entre las espigas y rastrea los pequeños detalles, la cotidiana ansiedad del labriego, la intimidad rural de una mujer de Castilla. Para el poeta Castilla no nace de los grandes gestos de la historia o de la significación de sus grandes personajes. Nace de las pequeñas intimidades de un campesino vulgar, de la soledad de una muchacha o de la ternura de un primer beso.

Pero gran parte de su obra está empapada de castellanismo, de olor a trigo, de sabor a majuelo. Hay un libro suyo que titula "Secano" (Ed. Nacional, 1969) que reúne los poemas, la mayor parte sonetos, de sus dos libros "Rogelio" y "María soltera", en el que está condensada su dedicación poética a las buenas gentes de Castilla. A él le parece que el hombre está condicionado por la tierra. Quizá por eso llega a exclamar:

"Y a tal tierra, tal hombre".

Es difícil aprehender en unas líneas todo lo que significa para Quintanilla, Castilla. Y es difícil porque su significación está como atomizada en cada soneto, como distribuida en cada faceta de sus personajes. Castilla para él es esa escuela, ese pastor, ese espartapájaros, esa fiesta, ese majuelo, esa fuente, esa boda, ese río, ese camposanto, ese perro, esa soledad, ese Dios, todo ese mundo íntimo y casi novelado de Rogelio: O esa casa, ese bordado, esa iglesia, esa carta o esa confesión de una mujer soltera llamada María. Castilla está en el hombre. Pero no en el hombre-símbolo, no en el hombre con mayúscula, sino en ese hombre concreto, de carne y hueso que él ha conocido y ha tratado. Castilla es cada vida, cada suspiro, cada llanto, cada alegría y cada tristeza de unos persona-

jes que ama apasionadamente porque se ha identificado con ellos y los ha hecho poesía, carne de su misma carne y ternura de su ternura. Por eso no podemos resumir su concepción castellana en unos versos. Y hemos de escoger una muestra cualquiera, una pieza de este mosaico poético en el que todos los azulejos son importantes para una visión de conjunto. Sirva de ejemplo cualquier soneto como el titulado "Labrador de oficio":

Fue labrador Rogelio por herencia,
lo mismo que su padre y que su abuelo.
Ya de niño aprendió que junto al suelo
estaban su jornal y su existencia.

Y fue tanta la humilde reverencia
con que trazaba el surco; tanto el celo
que puso en trabajar, que era un consuelo
para los suyos verle tanta ciencia.

Fue labrador de oficio... Mas Dios sabe
que no de vocación, porque no cabe
tener vocación de agua siendo lumbre.

Supo, eso sí, morderse la esperanza,
volviendo cada día a la labranza
lo mismo que el mastín a la costumbre.

PÉDRO QUINTANILLA BUEY

Pedro Quintanilla Buey, como su hermano Andrés, se ha nutrido vitalmente de las raíces castellanas. Pero a diferencia de Andrés, no busca a Castilla en lo demás, ni en los demás. Todo el cúmulo de elementos que le rodea es el mismo: el mozo, el anciano, las mujeres, la casa, el cielo, el árbol, la torre, pero así como a Andrés le servía de intuición y de conocimiento de Castilla, a Pedro le sirve para encontrarse a sí mismo. El título del único libro que ha publicado ya es significativo: "Versos para encontrarme" (Publicaciones de la Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja, 1976, premio "Amantes de Teruel" del citado año).

"Mi tierra es muy Castilla"

exclama en uno de sus versos. Es muy frecuente en sus poemas —todos sonetos— ese aliento posesivo, esa constante de referirse a todo lo demás en función de sí mismo, en un egocentrismo poético que no es posesión sino búsqueda del yo. Y esa búsqueda rastrea elementos castellanos que le conducen hacia su mundo pequeño, hacia lo suyo, su hogar, su mujer, sus hijos, a los cuales dedica los mejores sonetos de su libro, porque para Pedro, Castilla nace ahí, en esos seres queridos, en sus cosas, en sus personales raíces. Y para definir a esa Castilla que él vive a través del amor de todo lo suyo, señala su identidad:

“Yo vivo aquí, donde la pana sueña
con el cielo encerrado a cal y canto.
Donde vive la risa a medio llanto
donde jugaba España de pequeña”.

El poeta quiere palpase a sí mismo en todo lo demás. En el amor, en las penas, en las alegrías. Castilla es en su intimidad, en su porqué de ser o no es nada. Lo confiesa en estos tercetos finales:

“Me trae a mal traer, una caricia,
una peseta de cualquier noticia,
morirme de memoria en cada goce.
Luego, en el sueño, a la esperanza en punto
tengo que regresar y me pregunto
si alguna golondrina me conoce”.

JOAQUIN GALAN

Joaquín Galán es un poeta de una Castilla especial, de una comarca castellana, el Cerrato, que es un mosaico más de Castilla, extraído, quizá, por la mano creadora de una cantera más pobre y más oscura y que la Historia dejó abandonado en el rincón más oscuro de su olvido.

Nacer en una tierra así condiciona al hombre. Y cuando el hombre —como en este caso— es poeta y llega un día en que emprende el vuelo por otros lares, la sigue amando en secreto, como a una madre desahuciada, a la que se recuerda con amargura.

Por eso, la actitud de Joaquín Galán frente a Castilla, frente a su Castilla, es acre y resume su pesimismo en versos aislados como el que resalta en su poema "Ese Pastor de madrugada..." ("Vocación de mar", 58, ROCAMADOR):

"mala tierra la suya, con la costra
del sufrimiento encima que hasta ahuyenta
la rosa necesaria..."

pero es en su último y reciente libro "Ni el desorden del fuego" (Colección "Coral", septiembre 1979) donde podemos rastrear un poco más en su actitud ante su Castilla concreta:

"Estoy como arbolando las naves de mi alma
para la travesía. Oh, Cerrato: fulgor anaranjado en
la solana, olor a cuero mondo, dolmen de la memo-
ria al pie del futuro. Oh, cerros de Villaviudas lami-
dos por un cierzo de secarral donde mi vida alienta
e invoca un fin sin horizonte".

Su expresión de matices surrealistas, a veces se hace más clara y en todo caso no puede enmascarar un pesimismo, especialmente al añorar amargamente su adolescencia y su niñez. Pero, al volver la vista atrás desde su actualidad catalana, solo encuentra su identidad en el pasado, en sus raíces:

"A veces vuelvo el rostro y veo
que yo soy el que vuelvo".

o bien, encuentra la pureza de su ser en el propio abandono de su paramera cerrateña, como cuando exclama, finalizando su poema:

"Páramos como aquellos
nos redimen, convéncete, en lo puro".

MARCELINO GARCIA VELASCO

Ya vamos viendo como un estudio de urgencia de la actitud de los poetas palentinos frente al tema de Castilla, nos abre un abanico de ángulos de vista que no puede ser más diverso y a la vez más

complementario. Castilla es contemplada desde la añoranza, desde el silencio, a través del paisaje, bajo el prisma de la fe, arrancando de una universalidad cordial, apoyándose en la contemplación de la historia, bajo el peso de un pesimismo escatológico, humanizándola en sus gentes, asumiéndola en la propia intimidad o invocándola desde la lejanía.

Pero a este abanico de actitudes le faltaba la perspectiva política, sociológica en función de su devenir histórico. Marcelino García Velasco contempla a Castilla desde el Mirador de Autilla a través del labrador antepasado:

“¡Tan solo con mirar crece Castilla!”

exclama, pero hay una primera referencia el hombre que pudo ser libre

“mientras la voz, sus manos, le nacían
libres”.

García Velasco invoca al Conde Fernán González, comprueba las ruinas actuales, recuenta lo que queda, se sorprende de la grandiosidad y la miseria:

“Qué pueblo, Dios, qué pueblo.
Tanta riqueza
al aire y ni un mendrugo
que llevarse a la boca del mañana”.

Estamos citando versos de su reciente libro “Alada cuna de la libertad” (“ROCAMADOR, núm. 96, 1979) que ya no dá la clave anticipada de su mensaje. Todos sus últimos poemas: “Meditación en Tordesillas”, “Jornada de Villalar”, “Ah, señor obispo”, “Justicia real”, etc. son como lanzas impulsadas por distintas ballestas en una misma dirección, apuntando a la misma idea: Castilla sojuzgada:

“Acallada,
vencida,
desplazada
la voz del pueblo...”

en palabras del poeta. El "sabroso dulzor de lo que pudo ser luminaria, vieja raíz viva de un pueblo" o dicho en palabras vulgares, la Castilla que pudo ser libre con el triunfo de los comuneros, se quedó en

"siglos de silencio..."

y en la "noche oscura" que apagó la "llama de amor viva". Castilla —para Garccía Velasco—

"quedó desposeída"

y

"vacía la bodega alegre
de la libertad".

Y para reafirmar esa protesta contra una opresión germánica que durara siglos dialoga con Jorge Manrique como desde otra Castilla que no es, que no ha podido ser la del poeta:

"Acaso, ni la tierra que pisó fue la tierra
inicial de tus ojos..."

Castilla pudo ser otra desde la "alada cuna de la libertad", desde "la más alta ocasión que vieron los siglos" para poder realizar su futuro y reafirmar su identidad. Porque desde ese momento histórico, para el tiempo, Castilla es

"tierra
desposeída
de su verdad..."

García Velasco, como para complementar y poner el tema en órbita de la actualidad más plena, desarrolla en su libro una auténtica tesis poética que sería merecedora de un análisis más amplio y de un estudio más sosegado, que esta forzosa brevedad a que nos obliga la intención de sintetizar en los lógicos límites de un discurso académico, una panorámica tan variada y extensa.

Agradezco a los profesores Jesús Castañón y Angeles Rodríguez Arango la ayuda que a través de su estudio de la revista RO-

CAMADOR me ha facilitado este trabajo. A Moro Benito, la tesis que sobre nuestra revista tiene ya pendiente de publicación. A Carlos Urueña su ayuda inestimable para este ensayo. A todos los poetas que incluyo en él, por su colaboración. Y a ustedes, por supuesto, por su interés y su atención al escucharme.

